

## *Prólogo*

---

*Academia Stonebridge  
Cumberland, Noroeste de Inglaterra  
septiembre de 1793*

—¡Es hora de levantarse, rata!

La estrecha cama de Jack Langdon se inclinó sin piedad hasta arrojarle sobre el frío suelo de piedra. Se incorporó para sentarse y pestañeó medio dormido observando al joven que había irrumpido en su habitación. ¿Dónde se encontraba?

La Academia Stonebridge, por supuesto. El carruaje de su familia le había depositado aquí a altas horas de la noche después de días de viaje agotador. Le habían dado un trozo de pan y le habían conducido hasta su habitación sin ver nada del nuevo colegio ni conocer a ningún compañero. Hoy le tocaba aprender a sobrevivir durante los próximos años.

Se levantó como pudo y preguntó al otro chico de más edad.

—¿Eres un monitor?

—Lo soy. Dirígete a mí como «señor Fullerton, sir». Y tú eres una rata, lo inferior de lo inferior. Vístete y baja al patio. El coronel quiere hablar con las nuevas ratas. —El monitor frunció el ceño—. ¿Tengo que supervisarte también mientras te pones la ropa?

Jack sintió un potente deseo de abofetear esa boca de sonrisita suficiente, pero no era tan estúpido. El monitor tenía unos diecisiete

años, abultaba el doble que él y era tres veces más ruin. Consiguió calmarse y contestó:

—No, señor Fullerton, sir. Ahora mismo bajo.

—Más vale. —Fullerton salió para pasar al siguiente cuarto.

Tiritando, Jack se acercó al lavamanos. Tuvo que romper una capa de hielo del jarro antes de poder verter agua. Tendría que haber adivinado que en Cumberland haría frío en septiembre ya que prácticamente estaban en Escocia. Habían hecho falta tres largos días de incómodo viaje para llegar hasta aquí desde su hogar en Yorkshire.

Su hogar. Intentó no pensar en Langdale Hall, donde había vivido sus once años de existencia. En ningún momento había querido marcharse. Pese a saber que el colegio era algo inevitable, había supuesto que le enviarían a uno de los lugares habituales, como Eton, y no que acabaría castigado en la Academia Stonebridge.

En un intento de suavizar el golpe, su madre había dicho que era un colegio pequeño y muy bueno. El director, el coronel Hiram Stark, era muy respetado como educador. Jack aprendería mucho, y cada chico tenía su propia habitación, no como algunos centros donde dormían docenas de alumnos en el mismo dormitorio.

Jack inspeccionó el espartano entorno. ¿Su propia habitación? Más bien su propia celda. Ni siquiera su madre había intentado vencerle de que Stonebridge fuera otra cosa que un castigo.

Fullerton asomó la cabeza por la puerta.

—¿Voy a tener que sacarte la camisa de dormir, rata? —Había algo insaciable en los ojos del monitor que puso nervioso a Jack por motivos que no entendía bien, y no quería entender.

—No, señor Fullerton, sir. —Jack recogió la ropa que había desechado el día anterior mientras agradecía que Fullerton pasara a intimidar al siguiente nuevo alumno. Había oído hablar de la mezquindad de estos colegios y pensado que tal vez sólo se tratara de chicos mayores intentando asustar a los pequeños. Por lo visto los rumores eran ciertos.

Cuando se hiciera mayor e ingresara en el ejército, tendría que soportar alojamientos fríos y aguantar a superiores detestables, por lo tanto iba a tener tiempo para ir acostumbrándose. Se puso como pudo la ropa, agarró la capa y luego salió al pasillo.

Vaciló una vez fuera, en el largo y sombrío corredor. La noche anterior, cuando un lacayo le condujo hasta su habitación, era tarde, estaba oscuro y él se sentía demasiado cansado como para fijarse por dónde iban. Pero creía que habían llegado desde la izquierda, de manera que tomó esa dirección y se puso a andar con brío. No le convenía llegar tarde al encuentro con el director, y tal vez andando consiguiera entrar un poco en calor.

Este pasillo acababa en otro y, al detenerse para intentar recordar, surgió otro chico más o menos de su edad de una habitación ubicada a la izquierda. Jack se presentó:

—Hola, me llamo Jack Langdon. ¿Bajas al patio?

El recién llegado, rubio, nervudo y de gélidos ojos grises, asintió.

—Soy Ransom.

Jack le dio la mano. Por un momento, Ransom pareció sorprendido antes de estrechársela.

—¿Sabes cómo llegar? —preguntó Jack.

—Por aquí. —Ransom indicó el pasillo a la derecha—. Al final hay una escalera que baja a la planta inferior.

Se pusieron en marcha adoptando el mismo paso. Jack estaba contento de conocer a otro alumno, ¿un compañero rata?, y se preguntó qué habría hecho para acabar aquí. Pero hacer preguntas era de mala educación, y Ransom parecía un tipo susceptible.

Habían recorrido medio pasillo en dirección a las escaleras del final cuando Jack oyó un grito ahogado tras una de las puertas situadas a la izquierda. Se detuvo con el ceño fruncido, preguntándose si debería investigar aquello. La incertidumbre se resolvió al oírse un grito más agudo.

—Espera un momento —le dijo Jack a Ransom. El otro chico puso mala cara, pero esperó en vez de continuar.

Jack llamó a la puerta.

—¿Quién anda ahí? ¿Estás bien?

Al no recibir respuesta, giró el pomo con cautela. La puerta se abrió con facilidad, pero no encontró ningún chico enfermo, como esperaba. Tres alumnos se volvieron a mirarle, y los dos mayores estaban martirizando a otro aún más pequeño que el propio Jack. El más alto le retorció con brutalidad el brazo detrás de la espalda,

mientras su compinche le amenazaba con la llama de una vela delante de la cara.

—¡Eh! —dijo Jack indignado—. Eso no se hace.

El chico mayor, un pelirrojo con cara de hurón, gruñó:

—Métete en tus asuntos, rata. Soy monitor y puedo hacer lo que me venga en gana.

El chico con la vela masculló:

—Lárgate ahora si no quieres salir malparado.

La víctima se quedó mirando a Jack sin decir nada. Menudo y de piel morena, tenía unos asombrosos ojos verdes y expresión de sombría resignación.

Jack estuvo a punto de salir huyendo, pero le costaba imaginarse que aquel chico hubiera hecho algo para justificar aquel trato, por lo que no podía tolerar aquello. Así que preparándose para ganarse una paliza dijo:

—No es justo que la toméis dos contra uno más pequeño. O paráis... o tendréis que afrontar las consecuencias.

El pelirrojo soltó una carcajada cruel.

—¡Como si no pudiéramos dar una paliza a dos ratas en vez de a una sola! Pues si es eso lo que quieres... —Soltó el brazo de su víctima y se movió hacia la puerta.

—Dos, no. Tres. —Ransom apareció en el umbral al lado de Jack y mostró una sonrisa que era toda dentadura—. Las ratas pelean con ensañamiento cuando se sienten arrinconadas.

El pelirrojo vaciló. Jack no le culpó. Él mismo se lo pensaría dos veces antes de emprenderla con un oponente de aspecto tan fiero como Ransom.

Percibió un movimiento detrás. Se oyó una fría voz:

—¿Una pelea? ¡Espléndido! ¿Supongo que hay que pegar a estos dos feos matones?

Jack vio por el rabillo del ojo que dos chicos más se habían unido a ellos. El pelirrojo, rindiéndose, empujó al chico de los ojos verdes hacia la puerta.

—¡Venga, vete con tu banda de ratas y da gracias de que estén aquí para salvarte! Por ahora. —Sus últimas palabras eran una clara amenaza.

El pequeño cruzó como una flecha la habitación y se unió al grupo de Jack. Llevaba la marca de una quemadura en la mejilla y parecía estar a punto de echarse a llorar, pero no se quejó. Cerró la puerta de un portazo y dijo:

—Gracias. A todos vosotros.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Jack—. ¿Ya os conocéis?

—No. No me aceptan por principio, así de sencillo —explicó el chico en tono lacónico—. Soy Ashby. ¿No sería mejor que bajáramos al patio?

—Exacto —dijo el chico que había aparecido al final. Rubio y delgado como un palillo, giró sobre sus talones y se puso a andar por el pasillo—. Me llamo Kenmore y este peligro público es Lucas Winslow.

El moreno Winslow era quien había expresado aquella fría voluntad de pelear. Jack decidió que Winslow y Ransom parecían hechos el uno para el otro. Tipos duros, pero que aparecían cuando se les necesitaba.

Moviéndose a paso vivo, los cinco se fueron escaleras abajo hasta el patio. La casa solariega se elevaba sobre tres lados y su presencia gris se erguía imponente sobre las losas del patio. La academia se encontraba en lo alto de las colinas y el viento cortante penetraba hasta los huesos.

Otros cuantos chicos se hallaban de pie formando una hilera irregular delante de un hombre alto de pelo cano y mirada ceñuda capaz de fundir el granito. Jack entró en tensión al percatarse de que tenía que tratarse del coronel Stark, el director de la academia. El coronel había alcanzado la fama primero en el campo de batalla y luego como fundador del colegio de peor reputación de Gran Bretaña.

A sabiendas de que cometía un error, Jack intentó con toda cautela leer la mente del coronel. No para husmear en ella, sino para hacerse una ligera idea de su personalidad, de cómo complacer al viejo diablo y evitar sus castigos.

Nada. Jack lo intentó otra vez, con más fuerza, y tampoco consiguió nada. Le intranquilizó descubrir que aquí no servía la magia, pero no debería sorprenderle. De esto era de lo que se trataba precisamente, ¿o no?

La mirada penetrante del coronel recorrió el grupo de los alumnos recién llegados.

—Llegáis con cinco minutos de retraso. Un mal comienzo. Ahora poneos en fila como los otros y mejor que forméis una hilera recta.

Jack consideró la posibilidad de explicar el motivo del retraso, pero descartó de inmediato la idea; Stark no era el tipo de hombre que aceptaba excusas, y aunque él hubiera llegado tarde por intentar salvarle la vida a su madre, poco importaría aquello. Suspiró mientras su estómago se revelaba contra la idea de no desayunar.

Los nuevos alumnos se unieron a los otros chicos formando una hilera. Jack se quedó en un extremo con la esperanza de pasar desapercibido.

Stark torció el labio con desprecio mientras su mirada avanzaba poco a poco por la fila.

—Todos sabéis por qué estáis aquí. Soy hijos de las grandes familias de Gran Bretaña, la mejor sangre de esta tierra corre por vuestras venas. Nacisteis para convertirlos en oficiales, diplomáticos, terratenientes y clérigos; lo único en lo que no os convertiréis será en magos. ¡*Malambrunos!*

Jack se encogió al oír la manera en que el viejo siseó la última palabra. El término *malambruno* no era muy cortés, ni siquiera su propio padre, aunque despreciaba la magia, habría permitido a sus hijos hablar de ese modo. Pero Stonebridge consistía ante todo en el desprecio a la magia, por lo tanto era preferible que Jack se acostumbrara a oír decir *malambruno*.

La fría mirada volvió a recorrer la hilera y se detuvo en él.

—A todos vosotros os han enviado aquí por vuestro deshonesto interés por la magia, por negaros a dejarla igual que otras tantas cosas de la infancia. Vuestros padres quieren que os saquemos como sea esa basura indecente, y han elegido bien, porque yo nunca fallo.

Para sorpresa de todos, Ransom habló en voz alta.

—¿Por qué es tan malo hacer uso de la magia? Todo el mundo tiene al menos un pequeño don. Es... algo divertido y puede resultar muy práctico. Incluso la Iglesia dice que la magia no es pecado siempre que no se use con malos propósitos. ¿Por qué tenemos que renunciar a ella?

Stark pareció atónito por un momento al oír tal herejía. Luego se adelantó ofendido hasta quedar erguido sobre Ransom.

—Todo el mundo tiene órganos sexuales, pero eso no quiere decir que deba hacer alarde de ellos o mostrarlos al mundo entero —soltó—. La magia es para las mujeres, para las clases inferiores y los cerdos perezosos que no dan golpe y engañan, porque son demasiado incompetentes para triunfar por sí mismos. Para un caballero, usar la magia es como ser comerciante. ¡Peor aún!

—La ocupación de comerciante es un trabajo honesto —farfulló alguien más alejado en la hilera.

Jack sospechó que el comentario había llegado a los oídos del coronel, pero éste fingió no oírlo por no admitir que no sabía quién había hablado. Sin apartar la atención de Ransom, dijo:

—Por tu desafío vas a recibir diez azotes. Soy indulgente porque hoy es tu primer día, pero no volverás a contar con la misma misericordia.

Stark giró sobre sus talones y anduvo a lo largo de la fila de chicos, con la espalda recta como una vara.

—Estaréis tan ocupados con clases y deportes que no tendréis oportunidad de pensar en el repugnante ejercicio de la magia. Ninguna artimaña maléfica funciona dentro del recinto del colegio; esa perversidad ha quedado bloqueada. Los que hayáis utilizado en secreto la magia tendréis que aprender a pasar sin ella. Ante cualquier desliz en vuestro comportamiento o actitud, tendréis que someteros a disciplina por mi parte, por parte de los tutores o de los monitores. ¿Me he expresado con claridad?

Una claridad horrorosa. No sólo habría que dejar toda práctica mágica, sino que los malvados monitores podrían abusar de los chicos más jóvenes a voluntad. Durante un momento frenético, Jack consideró el recurso de escribir a sus padres y rogarles que le permitieran volver a casa. Si hiciera falta, juraría no volver a practicar jamás la magia con tal de salir de este lugar. Titubeó ante la idea de no volver a percibir los sentimientos de otra persona o encontrar objetos perdidos o...

Interrumpió sus divagaciones. No tenía sentido pedir el regreso a casa. Tal vez su madre se ablandara; no se había mostrado entusias-

mada de mandarle aquí. Pero su padre nunca le permitiría abandonar la academia. Lo había expresado con suma claridad cuando pilló a su hijo probando un conjuro para adivinar el futuro. Le había azotado y había contactado de inmediato con la Academia Stonebridge.

Jack respiró hondo. Para sobrevivir aquí, iban a hacerle falta amigos. Todos los iban a necesitar. Como ya habían comprobado hoy, una cuadrilla de ratas podía plantar cara a un par de matones si hacía falta. Miró con disimulo por la hilera, preguntándose quiénes de esta variopinta pandilla se convertirían en amigos y aliados.

No tardaría mucho en enterarse.



# Capítulo 1

---

*Melton Mowbray, Leicestershire  
Midlands de Inglaterra  
enero de 1813*

Un telescopio tenía muchos usos valiosos y encomiables. Una podía estudiar aves remontando el vuelo. También podía admirar los anillos de Saturno o el misterio eterno de las estrellas.

O bien podía emplearlo para observar apuestos jóvenes durante la temporada de caza. Dado que tanto caballos como perros atravesaban con frecuencia a toda velocidad los campos de su padre, a Abigail Barton le parecía del todo justo que se le permitiera admirar los espléndidos especímenes masculinos que habían convertido su Leicestershire natal en la zona principal de cacerías en Inglaterra. Tres cacerías famosas tenían su base en los alrededores de la población con mercado de Melton Mowbray, de modo que la zona atraía cada invierno a los cazadores más dedicados.

Hacía un día perfecto de principios de enero. Un sol pálido iluminaba los campos vacíos y el aire claro dejaba sentir un frescor nada desagradable. Desplazó el telescopio sobre su soporte. El encuentro del Quorn de hoy se estaba congregando al otro lado del valle... Ah, ahí.

Enfocó el hervidero de caballos, perros y jinetes visible sobre la finca, en la cumbre de la colina enfrente de Barton Grange. La cacería no tardaría en empezar, pero hasta entonces los jinetes saludaban

a sus amistades, bebían algo y hacían todo lo que hacen los hombres en tales ocasiones. Sobre todo hablar de caballos.

Como mujer práctica, Abby sabía que cazar zorros por la campiña era una actividad estúpida a más no poder. Cazar era un modo poco eficaz de eliminar alimañas, resultaba terriblemente caro y eran demasiados los hombres y caballos que resultaban heridos, lisiados o directamente morían. De todos modos, entendía lo embriagadoras que llegaban a ser la velocidad y la temeridad, e imaginaba que los jóvenes que integraban el grueso de la cacería apreciaban la camaradería de sus compañeros.

Inspeccionó poco a poco el amplio prado donde los cazadores se iban reuniendo. Reconocía a algunos como hombres del lugar o visitantes habituales de los condados de los Midlands. Otros eran desconocidos. Tanto daba. Disfrutaba viendo su excitación y expectación. Para los más jóvenes, cazar aquí por primera vez se aproximaba a una experiencia religiosa.

Detuvo el lento barrido de su telescopio. De modo que Jack Langdon se las había apañado para disfrutar parte de la temporada de caza. Aunque ahora era lord Frayne, todavía le costaba pensar en él de ese modo. Le había visto por primera vez hacía diez años quizá, cuando no era más que un mocoso. Ahora se había hecho todo un hombre, de amplios hombros y sólida musculatura.

Se notaba que se sentía maravillosamente bien sobre la grupa del caballo, lo cual no era ninguna sorpresa pues tanto él como varios de los amigos que se reían a su lado eran oficiales del ejército. Durante la campaña de verano se enfrentaban al despliegue de Napoleón en la península Ibérica, pero la lucha disminuía o cesaba por completo durante el invierno. Wellington y otros mandos militares daban muestras de generosidad al conceder permisos a los oficiales subalternos para que regresaran a casa durante la temporada de caza. Perseguir zorros les mantenía en forma y contentos, listos para perseguir franchutes en primavera.

Había visto de vez en cuando a Jack Langdon en Melton Mowbray, siempre el centro de un grupo de amigos. Aunque no era el más guapo ni el que más seguía la moda, siempre atraía su mirada. Su personalidad magnética llamaba la atención como el sol atrae las flores.

Lo más cerca que había estado de Langdon fue el día en que salió de una pañería con varios líos de tela bien empaquetados y casi tropieza con él. Jack se había tomado el incidente a risa mientras recogía los paquetes y se disculpaba por meterse en medio. En otras palabras, había sido un perfecto caballero, pero la sonrisa amistosa que le había dedicado iba más allá de la mera cortesía. De hecho, Langdon la había visto como una persona, no como una anónima señorita de la zona. Eso era algo peculiar entre el grupo de cazadores de Melton.

Abby se había aturullado tanto que no había analizado su mente como era debido, y nunca había vuelto a tener ocasión de estar tan cerca de él. Desde luego que no coincidían en actos sociales: un vizconde nunca se dignaría a dejarse ver en compañía de alguien como la hija de un mago. Especialmente si esta hija tenía el mismo don.

Pero Langdon era lo bastante alto y fuerte como para hacerla sentirse menuda y femenina en aquel encuentro, y puesto que él desconocía quién era, le había dedicado una sonrisa de lo más encantadora...

Un corno sonó al otro lado del valle y dio comienzo la cacería. Los sabuesos descendieron por la colina en tropel, seguidos por los jubilosos jinetes sobre caballos criados para correr. Jack Langdon y sus compañeros se perdieron de vista tras una elevación.

Sonriendo por sus tonterías, Abby cubrió el telescopio y regresó a su silenciosa habitación. Era hora de que una hechicera honesta regresara a su trabajo con las pócimas y los remedios, y dejara a los ricos ociosos con sus frívolos pasatiempos.

Hacía una mañana extraordinaria para cazar. Menos extraordinario fue el tedio de los cazadores cuando se les escapó el primer zorro y tuvieron que esperar a que los perros sacaran otro. Pero Jack estaba disfrutando demasiado del día en su totalidad como para importarle la espera. Recorrió con su mirada las colinas ondulantes, sus frondosos contornos definidos por campos con nítidos setos y una variedad interminable de vallas. Aunque había cazado en España, ningún lugar era comparable a estos condados de la región central de Inglate-

rra. Lanzarse tras los sabuesos como un incauto, saborear la excitación de llevar al límite el valor y el sentido común... era así cómo se sentía libre de los problemas insolubles de la vida.

Su sensación de bienestar se desvaneció. Cuando se acabaran las vacaciones dedicadas a cazar, tendría que regresar a Yorkshire. Ya llevaba demasiado tiempo comportándose como un cobarde.

Su amigo Ashby ya había desmontado y comentó:

—Parece que te estés muriendo de ganas de jugarte el cuello otra vez, Jack. Aunque tú no necesites un respiro, *Dancer* sí.

—Tonterías. —Jack dio una cariñosa palmadita en el cuello a su montura. El bayo oscuro era uno de los de mayor tamaño de la cacería, algo necesario para un jinete con un peso como el suyo—. *Dancer* sirve para correr las veinticinco millas, y confío en que podamos conseguirlo. Comprar un pabellón de caza ha sido una de las cosas más inteligentes que he hecho en la vida.

Ransom, el otro invitado en su casa, dijo con un brillo malicioso:

—Lo más inteligente que has hecho ha sido invitarnos a Ashby y a mí a Melton para que podamos guiarte tras los perros.

Jack se rió, sin mostrarse ofendido.

—Tengo ganas de que llegue Lucas. Nadie como él para bajarte los humos. —Miró la casa solariega que coronaba una colina situada más abajo en el valle—. No recuerdo haber cazado en esas tierras en concreto. Los propietarios mantienen buenas espesuras. ¿Qué tal las vallas?

—Hay un par de vallas dobles que te detendrían incluso a ti, Jack. O al menos deberían —contestó Ashby. Como él no estaba en el ejército, se había dedicado a cazar por la zona con más frecuencia que sus compañeros. Indicó la casa solariega con la cabeza—. Aquí vive el mago del lugar, sir Andrew Barton. Un tipo muy bien considerado. Tal vez por eso los setos crecen con tal vigor.

Jack percibió el escalofrío que provocaba en él cualquier mención a la magia y a los magos. La Academia Stonebridge había cumplido muy bien su función. Cómo detestaba su antigua fascinación por las tentaciones corruptas de la magia cuando era un muchacho con poca voluntad. Gracias a Dios que le habían enviado a la academia.

Una voz profunda azuzó a los perros desde el extremo de la espesura. Jack hizo girar a *Dancer*.

—¡Los perros han sacado un zorro!

Mientras Jack y Ransom salían disparados, Ashby saltó sobre su caballo con velocidad asombrosa y les siguió a pocos pasos. La cacería continuaba de nuevo.

Jack alcanzó a los otros cabecillas de la cacería saltando un rígido seto de espino con una zanja al otro lado. *Dancer* se elevó por encima y lo sobrepasó con facilidad, tan ansioso por volar como su jinete. Los perros se encontraban en el siguiente campo, sus cuerpos blancos y tostados se precipitaban de cabeza por la ladera de la colina mientras sus ladridos reverberaban por todo el valle.

Espoleó a *Dancer* para que fuera más rápido y se lanzaron directos a través de un alto seto de camachuelo. Jack sostuvo la fusta delante de la cara para protegerse los ojos de las ramas lacerantes. Los arañazos merecieron la pena al ver que se encontraba en el mismo campo que los perros. Sólo dos o tres de los demás jinetes se hallaban cerca, aunque por el rabillo del ojo vio a Ransom saltando el seto media docena de pasos tras él.

El hecho de que fueran amigos potenciaba aún más la rivalidad. *Dancer* ponía el mismo afán que él en alargar la ventaja sobre Ransom y su zaino. La valla en el extremo más alejado del campo era doble: una barrera de traviesas y una zanja con una estrecha zona donde aterrizar, lo suficientemente grande para admitir un caballo y saltar una segunda cerca.

—¿Estás listo, *Dancer*?

El oscuro bayo meneó las orejas hacia atrás lleno de desdén. *Dancer* tenía más ganas de saltar incluso que Jack, si eso era posible. Arremetieron ruidosamente contra la primera cerca llenos de júbilo temerario. Hombre y caballo se alzaron, libres de ira, pesar o pena. Jack se rió en voz alta deseando permanecer para siempre en un momento así.

*Dancer* descendió sobre la estrecha banda de tierra entre la zanja y la segunda verja. Mientras aterrizaba, el suelo se desmoronó bajo sus cascos, y, de forma instintiva, Jack desplazó su peso para ayudar al caballo a recuperar el equilibrio, pero *Dancer* se había descom-

pensado demasiado. Mientras el caballo se estrellaba pesadamente sobre el suelo, él se vio despedido de la silla. Había tenido caídas en muchas ocasiones y sabía relajarse y rodar, pero el pie derecho se le quedó atrapado en el estribo. Pie y tobillo se torcieron de un modo horrible, lo cual impidió que cayera con limpieza.

Se dio de cabeza contra la cerca y notó un nítido crujido de huesos rotos al darse contra el suelo. El impulso le hizo rodar por la húmeda hierba y acabó despatarrado de espaldas. Pestañeó deslumbrado por el cielo azul claro e intentó evaluar sus heridas: no sentía dolor, sólo un entumecimiento, a excepción de un corte en la mejilla ocasionado por el seto de camachuelo. Respiraba con violencia, mucha, pero expulsar todo el aire tras una caída era lo normal. El entumecimiento también era habitual después de una dura caída; el dolor venía más tarde. Pero esto parecía... diferente.

Se percató de que un caballo se revolcaba como loco en algún lugar a su derecha. ¡*Dancer!* Intentó incorporarse para ayudar a su montura, pero no podía moverse.

—¡Jack! —El rostro de Ransom apareció recortado contra el cielo—. ¿Estás bien?

Jack quiso tranquilizar a su amigo, pero, al intentar hablar, no surgió ni una palabra. Como no quedaba aire en sus pulmones, no surgían palabras. Todo era perfectamente lógico.

Pero podía pestañear, y lo hizo repetidamente cuando su visión empezó a desvanecerse.

La voz de Ashby sonó horrorizada.

—¡Dios mío! ¡Cuánta sangre!

—Las heridas en el cuero cabelludo sangran horribilmente. —Ransom retiraba la sangre con delicadeza de los ojos de Jack—. Me preocupa más que haya alguna lesión en el cuello o en la espalda. Jack, ¿puedes apretarme la mano?

¿Sostenía Ransom su mano? Jack no sentía nada. Intentó apretar. Otra vez, y nada. Tenía todo el cuerpo entumecido. Qué suerte que Ransom se encontrara allí. Al igual que él, era un oficial de permiso, llegado de la península Ibérica, y tenía experiencia en improvisar con todo tipo de heridas en el campo de batalla.

Jack perdía y recuperaba brevemente el conocimiento. Se oían más voces, una de las cuales exclamó:

—¡Dios mío, lord Frayne se ha matado!

Otra voz dijo:

—Jack el Afortunado tiene más suerte que el propio demonio; se pondrá bien.

Las voces distantes se apagaban. El rostro de Ransom volvió a aparecer, con aspecto pálido pese al bronceado español. El rostro de Ashby también apareció mientras apretaba un paño doblado contra el cráneo de Jack para detener la hemorragia. Eso sí que lo notaba. Dolía.

*Dancer* ya no se revolcaba, pero relinchaba de dolor. Ransom se levantó de un brinco.

—Al carajo el caballo. Voy por mi pistola.

—¡No! —Jack consiguió soltar apenas un susurro.

—No... mates a *Dancer*. No... es culpa suya.

Ashby habló de repente:

—¡Alto, Ransom! Jack no quiere que mates a *Dancer*. Acaba de decirlo. —Se oyeron sonidos de enfrentamiento, como si Ashby intentara detener físicamente a Ransom.

—¡Maldito seas, Ashby! —Si Jack no hubiera sabido que era imposible, hubiera dicho que Ransom parecía estar a punto de echarse a llorar—. ¡Ese maldito animal ha arrojado a Jack!

—Da la impresión de que *Dancer* ha aterrizado sobre un trozo de tierra poco sólida. Un accidente. —La voz de Ashby sonaba tranquilizadora—. Jack nunca nos perdonaría que nos deshiciéramos de su caballo de caza sin que fuera necesario.

—Parece que *Dancer* tiene una pata rota —dijo Ransom tajante—. O le disparas ahora o le disparas más tarde. Y dentro de poco, a Jack ya no le importará nada.

A Jack le intrigan esas palabras. ¿Se refería Ransom a que se estaba muriendo? Sin duda le dolería algo si fuera así. Pero había un problema con la respiración...

El miedo se abrió paso entre aquella vaguedad somnolienta, e intentó flexionar las manos, las piernas y los dedos con todas sus fuerzas. ¡Nada!

No podía mover ninguna parte del cuerpo por debajo del cuello. Estaba paralizado, lo cual quería decir que no tardaría en morir. No era de extrañar que Ransom y Ashby estuvieran alterados.

Había coqueteado con la muerte durante buena parte de su vida, alarmando a sus amigos con su conducta temeraria. No suicida, él nunca buscaría la muerte de manera deliberada. Pero había pensado que, cuando llegara el momento, lo más probable en el campo de batalla, aceptaría a la Parca con cierto alivio. La muerte era sencilla; la vida, no.

Pero ahora que parecían faltar minutos u horas para su fallecimiento, comprendió que no quería morir. Tenía problemas en la vida, pero ¿y quién no? Si hubiera intentado resolverlos en vez de salir corriendo, a estas alturas estarían arreglados. Surgirían nuevos problemas, pero también podrían resolverse.

En vez de eso, en nombre del honor y del servicio a su país, había salido huyendo de las obligaciones con su familia y apellido. Siempre había pensado que ya habría tiempo para el deber. Un día sentaría la cabeza y pondría orden a su herencia, pero primero tenía que librar batallas y perseguir zorros. Lo cual demostraba que no sólo era temerario sino también un necio.

Ransom habló con aquella voz monótona:

—Deberíamos notificarlo a su madre y a su hermana.

—No hasta que... el desenlace sea inevitable.— La voz de Ashby sonaba tan distante que casi era inaudible—. La casa del mago es la más próxima. He oído decir que Barton es un buen curandero. Si llevamos allí a Jack, tal vez pueda hacer algo.

Ransom se rió con amargura.

—Vives de espaldas a la realidad si crees que un maldito malambruno puede hacer algo con una herida de este tipo.

—De todos modos le llevaremos a Barton Grange. Los criados han hecho una camilla con una valla, de modo que ayúdame a levantarlo para poder llevarlo a la casa.

Jack apenas se sentía vinculado a su cuerpo sin vida mientras media docena de pares de manos le ponían sobre la camilla. Aceptó con abatimiento que ya estaba muerto, era cuestión de tiempo que el aliento cesara y el corazón dejara de funcionar. Había vivido la vida



de forma irresponsable, como un jugador gastando su fortuna, y ahora debía afrontar las consecuencias.

Al menos no tendría que regresar a Yorkshire, excepto para su entierro.

Mientras se sumía en la negrura, su último pensamiento consciente fue de irritación, porque iba a morir en casa de un maldito hechicero.